

JOSÉ SALGADO (1)

SOMBRAS.

Al doctor Samuel Blixen.

Entre los gruesos árboles del bosque
El ángel de las noches aletea,
Y en las ramas flexibles de les *ceibos*
Se prenden temblorosas las tenieblas.

En la umbrosa penumbra del bosque,
Donde vagan indómitas las fieras,
Los troncos seculares rememoran
Gigantes con fatídicas melenas.

Vago rumor asciende del arroyo,
Nota que vibra y sin sonar se aleja,
Mientras bañan sus cuerpos centellantes
En las aguas dormidas las estrellas.

En la cima del monte iluminado
Rima un pájaro triste sus endechas,
Y descienden los ecos bulliciosos
A dormir, para siempre, en la ladera.

No resalta en el éter ni una nube,
Hasta el aura nocturna se sosiega...
Como rey de sus súbditos temido
El silencio domina entre la selva!

* * *

Sobre el regazo del profundo río
Tiende la Luna su encantada estela,
Y moviendo las ondas azuladas
Surgen las sombras de las aguas muertas,

Como amantes que duermen sosegados
En su lecho fantástico de arenas,
Y entreabriendo los ojos diamantinos
Al leve soplo del amor despiertan.

Corren mezcladas en tropel confuso
Por la alfombra sutil de flores secas,
Y los bustos cobrizos se divisan
Como cuerpos sin forma entre la niebla.

Arrojadas de pronto sobre el suelo
Se deslizan, sin ruido, en la arboleda,
Como en tardes tranquilas, calurosas,
Entre verdes juncales las culebras.

(1) JOSÉ SALGADO pertenece á la nueva generaci3n. En 1901, se gradu3 de abogado, despu3 de obtener en veinte ex3menes parciales la nota de sobresaliente por unanimidad. Su tesis fu3 declarada notable. Es catedr3tico de Historia Americana en la Universidad de la Rep3blica, Secretario del Ateneo de Montevideo y del Instituto Hist3rico Geogr3fico. Ha colaborado en la *Revista Nacional*, *La Revista* y en diversos diarios de la capital. Sus versos forman un tomo que en breve ver3 la luz con un pr3logo de Jos3 Enrique Rod3. En su lira existen todas las cuerdas. Desde la elegía, hasta la oda pind3rica, todo lo ha tentado con 3xito.

Cual s3mbolos siniestros de la muerte
Blanden las manos la potente flecha,
La bola que sujeta los venados,
Y las mazas mortíferas de piedra.

Gritan. Resuenan en el bosque obscuro
Sus rugidos horriblos de guerra,
Cual las voces de seres moribundos
Que arrancan del *quebracho* las tormentas

Cuando enciende sus fuegos tenebrosos
En las nubes ardientes la centella,
Y los truenos retumban como golpes
Que despedazan la extensi3n inmensa!

Se detienen... avanzan... se dispone
Al combate la fúnebre caterva,
Y las sombras en negros escuadrones
Como nubes las lomas atraviesan.

Mas no perturba la quietud dormida
El clamor infernal de la contienda...
Al llegar á la cumbre las legiones,
Como tropa vencida, se dispersan!

* * *

Son sombras de los b3licos *charrúas*,
La tribu que descansa en las cavernas,
En las costas de blancos arenales,
Bajo el follaje de la palma esbelta,

Y que al tender sus lábaros sombríos
En las aguas del *Hum* la noche negra,
Con suspiros de amante desdeñada,
Y languideces de mujer enferma,

De sus tumbas añasas se levantan
A renovar la clásica epopeya,
La lucha legendaria sostenida
Contra las huestes de la noble Iberia.

Hasta que al ver en el lejano Oriente
Brillar la aurora cual gentil diadema,
Coronando la tierra que sonríe
Como una diosa en un celaje envuelta,

Cual negras aves, tímidas, las sombras
Huyen, buscando la penumbra eterna,
Y all3, flotantes como fuegos fatuos,
Se van perdiendo en la regi3n desierta!

INVERNAL.

Á ratos nos hieren nostalgias de Soles,
De aquellos que tuestan en tardes de estío.
Sin ver en la esfera lucir arrebales
El pobre en su choza tiritada de frío.
Hay ansias vivaces y locos anhelos
De huertos frondosos, de espléndidas galas,
De suaves penumbras, de mágicos cielos,
De cantos de aves, de ruidos de alas.

.....

Ni una flor el ambiente perfuma,
 Ni una estrella en lo alto se asoma,
 Doquiera se extiende la plácida bruma.
 Llenando los valles, cubriendo la loma.
 Los mares repiten sus rudas congojas,
 Tristezas abaten el lánguido pecho
 Al ver en las rutas volando las hojas
 Mezcladas con plumas de nido deshecho.
 Natura es cadáver, el día precario
 No aclara tampoco su tumba desierta,
 De noche la nieve con denso sudario
 Envuelve, amorosa, la pálida muerta.

LA IDEA.

A Carlos Martínez Vigil.

Como manso arroyuelo de los bosques
 Que humilde nace en la desierta playa
 Y se transforma en anchuroso río
 Que arrastra, cual un vértigo, las aguas,
 Del misterioso seno donde extrae
 Rayos de luz la inteligencia humana,
 Surge de pronto majestuosa idea
 Batiendo, con temor, débiles alas.
 Soldado poderoso del progreso
 Es nuevo combatiente en la batalla
 Que libran los errores del pasado
 Defendiendo, valientes, su oriflama,
 Contra el robusto empuje de la ciencia
 Que, sin temor, por el camino avanza
 Al asalto de altísimas almenas
 Donde el pasado, vigilante, aguarda.
 Por instantes parece que el derecho
 Va á detener su vencedora marcha
 Ante la fuerza bruta del tirano
 Que el poder de los réprobos encarna;
 Y que vencido en el combate rudo
 Se oculta entre las sombras, cual fantasma,
 Dejando que en la tregua de la lucha
 Festeje su victoria la ignorancia.
 Como innúmeros astros se obscurecen
 Cuando domina la invernial borrasca,
 Y en la tierra, que duerme, helado viento
 Todo con furia destructora arrasa,
 Pero así que se calma la tormenta,
 Y despiertan las brisas de bonanza,
 Luce sonriente la tranquila Luna
 Esparciendo, más suave, su luz blanca,
 Así son los eclipses de la idea
 Cuando la fuerza á la verdad maltrata,
 Queriendo hacer que la conciencia libre
 Se convierta también en una esclava,
 Porque tras los desmanes de la fuerza
 Se vislumbran celestes alboradas,
 Que anuncian al de-répito pasado
 La derrota final en la jornada.

Cuando Jesús el reino de los justos
 Profetizó en las épocas aciagas,
 Enseñando á los hombres oprimidos
 La absoluta igualdad de nuestras almas,
 Pretendieron los Césares romanos
 Abatir entre sangre sus palabras,
 En los circos infames que de Roma
 La triste decadencia proclamaban.
 Pero Cristo triunfó; la cruz del mártir,
 Que en el monte Calvario se destaca,
 Hoy extiende sus brazos amorosos
 Sobre el mundo que otrora la execrara;
 Y los hombres creyentes se arrodillan
 A los pies de la imagen sacrosanta,
 Que vincula, felices, las naciones
 En el lazo común de una plegaria.
 Todos los que en sus éxtasis geniales
 Han engendrado ideas soberanas,
 Que envuelven el cadáver del pasado
 Del olvido en la fúnebre mortaja,
 Han subido del Gólgota á la cumbre,
 Y han llevado en la mente veneranda
 El estigma crúel con que las turbas
 La noble frente de los genios marca.
 Todas las hecatombes de la historia
 Son luchas de la idea siempre en marcha,
 Hasta que al fin de la horrorosa liza
 Entre ondas negras el error naufraga.
 Mentras el Sol de la verdad triunfante
 Su disco de oro en el azul levanta,
 Y de lo alto de su regio solio
 Fúlgida luz en la razón derrama.

RECUERDOS.

A la memoria de mi madre.

¡Qué sollozo tan triste el que nace Del mísero pecho Cuando plácido acude á la mente Tu dulce recuerdo!...	¡Cuántas veces la aurora brillante, Vivaz penetrando, Sorprendió junto al lecho de muerte Mi lóbrego llanto!
Cuando el viento la puerta sacude Con hórrido estrépito, Oigo el ruido siniestro del mármol Velando tu féretro.	¡Cuántas noches besé con ternura Tus manos heladas, Y observé, reprimiendo un gemido, Tu faz demacrada!
Veloz onda que el alma marchita Recorre mi cuerpo, Al sentir el calor en la frente Del último beso.	¡Cuántas veces al Dios bondadoso Rogué por tu vida, Implorando que en vez de la tuya, Tronchara la mía!
Yo recuerdo en las noches de otoño Tu larga agonía, Siempre nieblas con húmedo manto La tierra envolvían.	¡Cuántas veces en la hora terrible De fiebre y delirio, Confundimos en férvido abrazo Dos hondos suspiros!...

Cuando pienso en mi madre afectuosa
 Que rígida duerme,
 U a voz lastimera me dice:
 ¡Qué ingrata es la muerte!

Á LAVALLEJA.

En el agosto pórtico del templo
 Sueña la patria hermosa,
 Junto á columna itálica contemplo
 Sobre su pecho la bandera airosa.
 Sueña como los trágicos gigantes
 Cuando al pasar por las agrestes cumbres
 Sienten que llegan recios, anhelantes,
 Los gritos de las pobres muchedumbres.
 Sueña con el decrepito pasado,
 Que tanto ejemplo y enseñanza encierra,
 Cuyo cielo de glorias estrellado
 Surcaron los relámpagos de guerra,
 Y con el porvenir á cuyo avance
 Ya el horizonte azul se colorea,
 Y en cuyo cielo tiende deslumbrante
 Su hilo de luz radiante
 El relámpago hermoso de la idea.
 Sueña que vigorosa
 Está escalando el arrogante muro
 Que guarda, ciudadela poderosa,
 Los misterios sagrados del futuro.
 Vamos, madre, despierta,
 Oye lo que te pido arrebatado,
 Mira mi alma fervorosa, alerta,
 Dame un rayo simbólico de aquellos
 Que el Sol de Abril en nuestro escudo deja.
 Busco que su calor y sus destellos
 Entibien con su ardor mi helada frente,
 Quiero que brille fúlgido y potente
 En mi canto en honor de Lavalleja.

¡Cuántos días de gloria!
 ¡Cuántos hechos de inclito renombre!
 ¡Cuántas páginas grandes de la historia
 Descubre ante nosotros ese nombre!
 Cuando en las dulces horas del ensueño
 Acude bondadoso á mi memoria,
 Me postro de rodillas,
 Cual se abaten solícitos, fervientes,
 En los templos, grandiosas maravillas,
 Ante imágenes santas los creyentes.
 Y cuando recorriendo presuroso
 Los anales de todos los imperios
 Evoca el caminante cuidadoso
 De la vaga región de los misterios
 Los espectros gigantes de los héroes
 Que en el inmenso yunque de la guerra
 Forjaron pueblos, razas y naciones,
 Dividiendo en pedazos á la tierra,
 Entonces, ¡oh figura luminosa!
 Entre sombras queridas tú descuellas
 Cual en el manto de la noche umbrosa
 Luce el crucero, allá, entre las estrellas.
 En todo tú te encuentras: en las playas
 Donde estampó sus plantas el charrúa,
 Hasta la abrupta sierra cuya mole

El poder de los cielos perpetúa.
 Y cuando en la mañana fulgurante
 Cruza aspirando suave las aromas,
 Oye el paisano lento que se aleja
 Que las brisas, los montes y las lomas
 Repiten de continuo «Lavalleja».

¿Y cómo no aclamarte,
 Valeroso y magnánimo guerrero,
 Si el que quiera olvidarte
 Debe borrar infiel de nuestros fastos
 Mil nombres venerables
 Escritos con la punta de tu acero?
 ¿Quién al pensar en tí no rememora
 La radiante explosión del año once?
 Era una dulce y celestial aurora,
 Era una voz del cielo que llamaba
 A los héroes de bronce.
 ¿Quién no lucha en Las Piedras?
 Donde el furor del déspota castigas,
 Adusto sembrador, valiente Artigas;
 ¿Quién del combate horrible
 Contra el fogoso y varonil porteño,
 No recuerda con gozo indefinible
 El gran valor y el imponente ceño
 Que en la tarde azarosa de Guayabos
 Ostentó la falange de tus bravos?
 ¿Quién ingrato se olvida
 De la noble y homérica cruzada?
 ¡Oh playa esclarecida!
 ¡Oh tierra de la histórica Agraciada!
 Yo me inclino y te beso reverente
 Porque tú eres sagrada;
 ¿Quién hasta el cielo diáfano no asciende,
 No eleva el corazón y alegre estalla,
 Ante el grato recuerdo
 De nuestra grande é inmortal batalla?
 ¿De Sarandí que el patriotismo enciende?
 ¿De la loma gentil en cuya falda
 Aun cruza el torbellino del embate,
 Aun vibran en sus campos de esmeralda
 Los fragores siniestros del combate!
 ¡Don'te rudos Vulcanos,
 Divididas en fuertes escuadrones,
 Con las llamas de horrendos fogonazos,
 Con la sangre de recios corazones,
 Con los golpes de fúnebres sablazos,
 Entre el empuje de la lucha fiera
 Forjaron las legiones orientales
 El Sol de nuestra nítida bandera!

¿Qué pecaste? y bien ¿dónde se encuentra
 Un sér que en los embates de la vida
 Ni una vez, ni una hora, ni un minuto,
 Vencido no ha pagado
 Su innegable triúto
 Al débil polvo de que está formado?
 ¿Dónde está en este mundo el impecable?
 ¿Dónde el alma seráfica que pueda

A los otros juzgar inexorable?
 En toda alma hay pedazos de la arcilla
 Que sustentó á aquél sér que en el Calvario
 Como el fanal de los mortales brilla,
 Y algo del barro y lodos turbulentos
 Que al correr por las vastas periferias
 Arrastran por momentos
 El furor, los quebrantos, las miserias;
 Pero la historia augusta é infalible
 Para dictar su justiciero fallo,
 Ante errores y faltas inflexible,
 Observa dolorida
 Ese conjunto exótico que tiene
 Mucho de los pantanos y del cielo,
 Y examinando con piadoso celo
 Si hay en el cuadro inmenso de una vida
 Más albores que sombra clamorosa
 O más sombra que luces y vergeles
 Reparte cuidadosa
 A éste el oprobio á aquéllos los laureles.

¿Y quién siguiendo esa juiciosa ruta
 Ante el viejo león de la cruzada
 Un sincero homenaje no tributa,
 No detiene sus pasos, su mirada?
 ¿Quién no pone sus glorias de relieve?
 ¿Quién, fijándose sólo en los errores,
 Sin gratitud y corazón se atreve,
 A vedar los honores
 De gran libertador y gran guerrero,
 A negarle derecho á la apoteosis,
 Al duro bronce, al mármol justiciero,
 Al que en el suelo erial de la Agraciada
 Fué Dios al desplegar con mano fuerte
 Ante el beso de luz de la alborada
 El pabellón de «Libertad ó muerte»,
 Y que luego en el campo de batalla,
 «Carabina á la espalda y sable en mano»,
 Quebró con el batir de la metralla
 La robusta coraza del tirano?

Padre del pueblo, invicto Lavalleja,
 Cuyo valor tal brillo y esplendores
 Sobre el terruño seductor refleja,
 Para ocupar la rutilante cima
 Do colocan felices los mortales
 Al que el humano espíritu sublima,
 Al varón fuerte, á genios inmortales,
 El haber sido de los bravos hombres
 De la legión preclara
 Uno de ellos, el último, bastara.
 De la legión que uniendo con Las Piedras
 De Sarandí el nombre sacrosanto
 Aventó con furores de tormenta,
 Esparciendo el espanto,
 Tantos días de oprobio, tanta afrenta.
 Y tú fuiste, no el último, el primero,
 El que empuñó en su mano el estandarte,
 El que tomó el heroico juramento

Que al llegar de la plaza ante el baluarte,
 Llevado entre sus alas por el viento,
 Estremeció rabioso
 Al simbólico tul del cautiverio,
 Al pabellón suntuoso,
 Al lábaro ondulante del imperio.

Hoy que la paz, la ciencia y la cordura
 Entre cantos y dianas fraternales
 Celebran en la loma, en la llanura,
 Sus fecundos y hermosos esponsales,
 Dile á los hijos del sagrado suelo
 Que libertaste con robusto brazo
 Que tu amor de ultratumba, que tu anhelo,
 Es verlos para siempre
 Unidos ante tí por un abrazo.
 Y si en día nefasto el extranjero
 Quiere abusar de nuestra adolescencia,
 Defiende con tu brazo, con tu espada,
 Con la de Sarandí y la Agraciada,
 Nuestra joven y santa independencia.
 Queda entre tanto honor de la victoria
 En las entrañas de la madre tierra
 Amasada con sangre expiatoria
 En los trágicos tiempos de la guerra.
 Hasta allí llegarán todas las horas
 De las madres las místicas plegarias,
 El calor inmortal de mis cariños,
 El rumor de las sierras solitarias,
 Los gorjeos celestes de los niños,
 Y un reflejo del lampo que hechicera
 Al desplegarse orienta mi bandera,
 Y cuando mente llena de energía
 Pronuncie sobre tí grave sentencia,
 Junto al de A tigas brillará tu nombre.
 Satisfecho estarás de que la historia
 Te señale con numen justiciero
 Para dormir el sueño de la gloria
 Al viril Precursor por compañero.

CANTO Á LA PAZ.

Todo es tristeza en la extensión del mundo:
 De aquí y de allá resuenan en mi oído
 Fragores de metralla,
 Estruendo gemebundo
 Y llenando los aires el rugido
 Que brota de los campos de batalla;
 Se detienen de horror los corazones,
 El lugar del combate resplandece
 Y el suelo se estremece
 Al trágico rodar de los cañones.

¿Será que el hombre en este siglo brioso
 De otra edad, de otros tiempos, de otra raza,
 Los furores comparte,
 Y que, niño fogoso,

Sin ideales, ni escrúpulos, abraza
 El viejo culto del airado Marte?
 ¿O que á impulsos coléricos é insanos
 Quiere imponer audaz su primacía
 Gastando su energía
 En matar, por el hierro, á sus hermanos?.

¿Será esa la ley indefinida?;
 ¿Será que por los dioses está escrito
 El que todo progreso
 Al surgir á la vida
 Ha de llevar como baldón maldito
 El rastro impuro de la sangre impreso?
 ¿O que él no es más que una doctrina vana?;
 ¿Que no hay pasos atrás ni hácia delante?;
 ¿Que todo es este instante?;
 ¿Que lo de hoy es lo mismo del mañana?.

¡Ah! no!, es que en los otros continentes
 Una pasión brutal todo devasta:
 El ánimo contrista
 Ver á pueblos ingentes
 Empeñados en lucha tan nefasta,
 En guerras de ambición y de conquista;
 Es que con miras sórdidas y arteras,
 Y violando principios majestuosos,
 Los pueblos, codiciosos,
 Extienden su poder y sus fronteras.

¡Ensueño de Colón, reina adorable,
 Temblorosa al mirar sobre las olas
 Las innúmeras velas
 Que en día inolvidable
 Te anunciaron las huestes españolas
 Que llegaban en pobres carabelas!
 ¡Oh! tierra de las plácidas llanuras,
 De volcanes que llegan á los cielos
 Cual gigantes anhelos,
 De torrentes y altivas espesuras!.

Tú, que en horas de lucha y de desgracia
 De Wáshington tuviste la prudencia,
 De San Martín las glorias,
 De Bolívar la audacia,
 Para pelear con hórrida violencia
 Hasta lograr la paz con tus victorias;
 Tú, á quien todo relevante pecho,
 Donde de libertad luce la llama,
 Por los siglos aclama
 Patria de la justicia y del derecho.

Nunca te agite, América impetuosa,
 Esa infame pasión que nos subleva,
 Que aunando voluntades
 Trabaja cautelosa
 Y á un pueblo libre y valeroso lleva
 A hollar de otro país las libertades.
 Culto sincero á la verdad dispensa,
 Respeta en las naciones tus iguales,
 Y digan tus anales
 Que sólo combatiste en tu defensa.

¡Arranca heroicamente de tu seno
 El mal do surge la civil contienda,
 Que de malditas sañas,
 Y de furo es lleno,
 Hace que el monstruo de la lucha horrenda
 Te devore sin tregua las entrañas!
 ¡Qué entusiasmos y nobles regocijos
 Al contemplar tus maternales brazos,
 En estrechos abrazos
 Unien o un día á tus viriles hijos!.

Entonces entre olímpico agasajo
 Tu cielo alumbrará la luz de Astrea,
 Y el santo desposorio
 Del suelo y el trabajo
 Hará que el mundo en tus regiones vea
 De la riqueza el colosal emporio.
 Tenderá, por doquier, su regio manto
 La dulce paz que, sin cesar, hoy gime,
 Esa diosa sublime
 A la que elevo, al par de ti, mi canto.

¡Oh! santa paz, á tu seguro amparo
 Mostrarán en la América encantada
 Poder, magnificencias,
 Y espíritu preclaro,
 De las artes benéficas el hada,
 Y el numen prodigioso de las ciencias.
 Lo que al renombre y á la fama impele
 Hallará sin estorbos el camino
 Donde su alto destino
 El genio deslumbrante nos revele.

El sabio con mirada escrutadora
 Penetrará el misterio y de los mares
 Los hórridos abismos,
 La fuerza engendradora
 De celestes, radiosos luminaires,
 Las causas de terribles cataclismos.
 Como encauzado en poderosa arteria
 Verá correr por todo el universo,
 Magnífico y diverso,
 El río colosal de la materia.

Tierno el poeta sus brillantes galas
 Desplegará en el cielo de topacio
 De una tarde hechicera,
 Y con cerúleas alas,
 Cruzará, cual la luz, por el espacio
 En busca de la enorme cordillera.
 Tendrán sus versos mágicos colores,
 Del Sol ardiente luminosas huellas,
 La luz de las estrellas,
 Y el perfume embriagante de las flores.

Los que guían tranquilos los imperios
 Y buscan su expansión y su grandeza,
 Llevarán á las cumbres,
 Quebrando cautiverios,
 Con valor y con rígida firmeza,
 Al grupo de las tristes muchedumbres;

Fundarán la mejor aristocracia
 En el noble trabajo y el talento,
 Y sobre ese cimiento
 Levantarán la nueva democracia.

El tenaz sembrador en el sendero
 Arrojará gozoso las simientes
 Do en épocas cercanas,
 Al brillo del Crucero,
 Surgirán de las tierras complacientes
 Las siembras vigorosas y lozanas:
 Flor de lo porvenir, que por el muro
 Del pasado decrepito se asoma,
 Colmando con su aroma
 El bosque triunfal de lo futuro.

Contemplan tus cerros y atalayas
 A los soberbios, rápidos navíos
 Trayendo desde Europa,
 Hasta tus ricas playas,
 Repleta de esperanzas y de bríos,
 De las labores la robusta tropa.
 Lo presente á los hombres testimonia
 Que contribuye su afanoso embate
 A que el tiempo desate
 El lazo que nos liga á la colonia.

A fin de que tu gloria consolides
 Este consejo varonil escucha:
 Para que grande imperes,
 Entre halagos, no olvides
 Que en toda paz también hay una lucha,
 Es la ley de las cosas y los seres.
 Lucha con brazo vigoroso, fuerte,
 En la lid del trabajo y de la idea
 Donde el triunfo clarea
 Para el que dobla obstáculos y suerte.

Así tú vencerás, matrona augusta,
 Sin ayudas extrañas ni refuerzos,
 Y en la cima altanera
 Do en la moderna justa
 Al ganador colocan sus esfuerzos,
 Nadie pondrá más alto su bandera.
 Entre tus hijos evitando el cisma
 Tú vencerás serena, noblemente,
 Levantada la frente,
 Con fe tan sólo en ellos y en tí misma.

¡América gloriosa!, con constancia
 Avanza, que la suerte te reserva
 Lo que al hado yo impetro:
 Que asombre tu bendita exuberancia,
 Que eleves magnos templos á Minerva,
 Que tomes de los ínclitos el cetro.
 Mas no descuides nunca que en la tierra
 Los pueblos sólo admiran á la historia
 Grabando en su memoria:
 La paz es una forma de la guerra.

EMILIO FRUGONI ⁽¹⁾

SALMOS DE LA IRA.

I.

El cielo se ensombrece de presagios
 y se uniforma en una inmensa mancha....
 El silencio penetra la campiña,
 y la ciudad recoge su algazara,
 como recogen en llegando al puerto....
 su velamen las barcas....

Es la hora de las vagas inquietudes,
 de las indefinibles añoranzas,
 de los grandes anhelos que se tienden,
 como para morir, sobre las almas...
 ¡de los hondos anhelos que palpitan,
 y se yerguen, y luchan, y se agrandan,
 con todos los esfuerzos que exasperan
 la rebelde agonía de una llama!

Es el triste momento en que la sombra
 es un cósmico espíritu que baja
 á hablar con las conciencias pensativas,
 en su extraño lenguaje sin palabras.
 Es el momento del dolor tranquilo,
 que desde el fondo de la vida se alza,
 como espectro que surge de una tumba
 bajo la inmensa noche desolada....

Es la hora en que las frentes se reclinan
 de los recuerdos en la suave palma,
 y los vivos se vuelven á los muertos,
 mientras los muertos por la vida pasan.
 La hora que Víctor Hugo, ¿no te acuerdas?
 consagró á la plegaria;
 (la oración es un pájaro nocturno:
 cuando llega la noche, abre las alas);
 el instante en que todo gesticula
 con la solemnidad de las montañas...
 la hora gris, la enemiga del relieve,
 impropicia á la Forma iconoclasta
 del Color; el momento en que se funden
 en el cielo sin luz las lontananzas,
 mientras va desfilando por la mente
 un vuelo de canciones de la infancia...

(1) La musa de la juventud presta actualmente sus canciones al más inspirado de nuestros poetas jóvenes: EMILIO FRUGONI, un escritor de ayer, sin historia literaria, y que, sin embargo, ha escrito dos libros y ha llenado con sus versos, arrojados en dispersión, al azar, sobre diarios y revistas, muchas de las mejores páginas de poesía nacional escritas en el último año. Redactor de *Los Debates* y *El Bombo*, periódicos universitarios; autor del poema *Bajo tu ventana*; su último libro, *De lo más hondo*, acentúa su simpática personalidad, y le consagra poeta por boca del eminente crítico José Enrique Rodó. Su musa se ha desviado ahora hácia la inspiración socialista, pero, en el fondo, sigue siendo siempre el tierno poeta de los dulces madrigales, de las melancólicas quejas de amor.